

EUROPA: LAS EMOCIONES COMPARTIDAS¹

Alfredo López Serrano
Universidad Carlos III de Madrid

Un proceso desapasionado

El balance de los beneficios del proceso de Unión Europea, tanto en los países que ya pertenecen a la Unión como los que pretenden incorporarse a ella, es claramente positivo y, pese a los problemas que habrá que afrontar, es irreversible y forma ya parte de nuestro futuro.

Pero este amplio consenso sobre las ventajas de una unión continental deja sin objeto las defensas apasionadas que fueron el origen del movimiento hace cinco décadas. Se asume la existencia de una Unión Europea como se aceptan los telescopios, la penicilina o las lavadoras automáticas, sin que haya nadie que esté dispuesto a defender su utilidad, por su pura obviedad.

En este ambiente, resulta muy difícil para un joven involucrarse en una lucha sin enemigos e identificarse con la ponderación de que hacen gala los líderes políticos cuando se trata de los asuntos de la Unión Europea. Desde determinados sectores y países aparecen signos de escepticismo y crítica a la lentitud de la toma de decisiones, a la burocracia de Bruselas o a la incorporación de nuevos socios, pero sin un verdadero debate sobre lo que se quiere construir.

Por este camino, sin saberlo, a lo máximo que podemos aspirar es a sembrar los cimientos de la apatía entre la juventud, y no se puede pedir a los sistemas educativos de los países miembros que transmitan entusiasmo a los alumnos, a los ciudadanos del futuro (un entusiasmo necesario para la consolidación de Europa) cuando el resto de la sociedad transita sus emociones por otros asuntos en donde hay mayor disparidad de opiniones y menos consenso.

Sin embargo, si se produjera un ataque verbal hacia Europa, o mejor dicho, si fuera frecuente que Europa fuera atacada desde el exterior, aunque sólo fuera en sus símbolos (por ejemplo si un norteamericano cuestionara el sistema de seguridad social europeo o un chino pusiera en duda la calidad de los productos europeos, o un japonés se burlara de la bandera comunitaria), entonces seguramente se produciría una adhesión y una defensa, cuya intensidad indicaría hasta qué punto los europeos estamos empeñados en la dinámica unificadora. Al mismo tiempo sería un revulsivo y reforzaría la acción de sectores más tibios de la sociedad hacia este proceso. Entonces aparecerían más voces de las habituales y saldrían en defensa de la idea de una Europa unida; resurgiría la defensa de sus valores, de sus sistemas de protección social, de su cultura, de su percepción de la ecología mundial, etc. Tal vez aparecería el orgullo de pertenecer a este continente lleno de personas autocríticas.

¹Participación presentada en el curso *La construcción de la Unión Europea: del Tratado de Roma al horizonte 2010*, en San Lorenzo de El Escorial, el 10 de julio de 2007.

Lo más lejos de mi deseo es que se produzcan ataques contra Europa, naturalmente, aunque los habrá de todo tipo, más o menos sutiles, ni tampoco que se creen enemigos artificiales, lo que hoy por hoy ofendería la inteligencia de muchos europeos, aunque sea el recurso utilizado tradicionalmente a la hora de consolidar una nación². Pero sí tendrían que reconocerse y gestionarse mejor las emociones compartidas hacia el proceso del que depende en buena medida nuestro futuro.

¿Quién sería el sujeto de esas emociones? ¿Hay un pueblo europeo? ¿Qué podemos saber y decir de las características de la sociedad civil europea? ¿Cómo se puede hablar de algo sobre cuya existencia hay serias dudas?

Según los principios de derecho político (fundamentalmente de la tradición germánica) no puede haber en la actualidad una federación europea porque ello presupondría la existencia de un pueblo europeo y todavía no existe como tal ¿O sí? ¿Cuándo aparece un pueblo? Tal vez cuando la propia identidad de un grupo, de una generación, no se siente cómoda con los hábitos de pensamiento heredados y encuentra un mayor sentido de la cercanía o la pertenencia en un grupo diferente, mayor o menor, que el que anteriormente servía de referencia. Aquí lo exterior, el otro, es fundamental para definirnos a nosotros mismos, pues en el cambio del concepto de lo exterior o del otro es cuando yo mismo estoy rompiendo mis fronteras y estoy cambiando. Este proceso ha tenido lugar en Europa en los últimos cincuenta años con una rapidez que permite recordar cuando las cosas no eran así, lo que da indicios de que nuestra conciencia se sorprende y va a la zaga de determinados cambios socio-políticos.

Además, Europa y los europeos se han abierto al mundo en los últimos años más aún que en cualquier otra época de su historia, masivamente, permeabilizando sus fronteras para productos y personas hasta un punto de producir algunas resistencias en su población. Los habitantes de Europa han descubierto o redescubierto que los elementos que separan a unos europeos de otros son insignificantes en comparación con los elementos que los unen, todo ello con respecto a otros pueblos de muy diferente idiosincrasia en el mundo. Lo mismo están descubriendo los iberoamericanos, los asiáticos, los musulmanes,... y cualesquiera grupos identitarios de enorme variedad en su seno. La globalización ha conseguido que se formen macrounidades identitarias en el planeta, y una de las más representativas es la flamante identidad europea, aunque sus rasgos, naturalmente, no se han improvisado en las últimas décadas, sino que han sido modelados desde hace siglos a través de las guerras, el comercio y los intercambios culturales y humanos.

Estas nuevas identidades, como sucede con lo que pertenece al campo de las emociones individuales o colectivas, no siempre son predecibles ni están sujetas a modelos racionalistas. El proceso hacia la Unión Europea, tan estudiado en sus términos materiales, empieza a tambalearse cuando entran en juego las pasiones políticas, presentes en la formulación de una constitución común, en el peso relativo de cada Estado en la toma de decisiones o en el papel de otras nacionalidades (regiones en la terminología oficial de la Unión) en el futuro político europeo.

Según Daniel Bell, *“las naciones son hoy demasiado grandes para resolver sus pequeños problemas de la vida y demasiado pequeñas para resolver los grandes*

² Sánchez Ferlosio, R. *La hija de la guerra y la madre de la patria*. Destino. Barcelona, 2002, págs. 183 a 219.

problemas que se plantean a la escala planetaria”³. Y las tecnologías de la comunicación han empequeñecido el mundo y cambiado el carácter de la convivencia y de la identidad de los ciudadanos: sólo a través de los nuevos medios (y de otros no tan nuevos pero muy poderosos como la televisión) se podrá apuntar hacia una *identidad proyecto* europea que será la palanca de la cohesión política a la que se aspira⁴.

El déficit emocional europeo

Como las pasiones desatadas han estado en el origen de los males pasados de Europa, parece haberse optado por la prudencia de erradicar los sentimientos en el proceso de Unión, olvidando que cerrarles la puerta a las emociones es una manera de invitar a que entren por la ventana.

En vez de enfrentarse a las emociones colectivas del pasado, de observarlas con un sentido crítico hasta conseguir un diagnóstico, se mira para otro lado, retrasando el necesario proceso de limpieza de la herida, un proceso lento en donde la paciencia, la valentía y la humildad deben ser las principales virtudes. Porque se necesita paciencia y valor para afrontar la contemplación del dolor del pasado. Revitalizar la memoria histórica es la condición para acabar con las rencillas, al contrario de lo que declaran determinadas voces complacidas con la confrontación política.

Conviene recordar, por ejemplo, que la necesidad obligó a Churchill, al frente del Reino Unido en 1940, a proponer una unión nacional completa e “indisoluble” con Francia, buscando la salvación de ambos frente al peligro alemán, dejando aparcadas viejas rivalidades y recelos⁵.

La necesidad y la urgencia han marcado la agenda desde entonces en el proceso de construcción de Europa. A lo largo del este proceso de unificación se han presentado diferentes fases caracterizadas por otorgar la prioridad a una faceta frente a otras que no se consideraban urgentes o fundamentales. Las consecuencias de la II Guerra Mundial, entre ellas una Europa arruinada económicamente, impulsaron el ideal europeísta, que consiguió el apoyo estadounidense frente al poderío y posible influencia de la Unión Soviética.

La formación de la Comunidad Económica Europea, si bien no perdió su inspiración política, se centró en los aspectos agrarios, industriales y comerciales de las economías de sus miembros. El proceso de unión política quedaba aplazado (lo que llamaríamos hoy un *déficit político*) pero no olvidado, y en los años 90 del siglo XX, se desarrollaron las instituciones comunitarias hasta definir el camino de la Unión Europea.

³ Bell, D. “El mundo en 2013”. Revista *Facetas*, nº 81, Washington, 1988.

⁴ Castells, M. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Vol. 2: *El poder de la identidad*. Alianza, Madrid, 1997. En una entrevista reciente, publicada en *internet*, Castells indica “Yo creo que es esencial tener una televisión europea competitiva y de calidad, como elemento esencial de la construcción de un imaginario común europeo, una dimensión clave de la construcción de la identidad europea como identidad proyecto”, en <http://www.audiovisualcat.net/publicaciones/Q11castmc.pdf>

⁵ Propuesta de la “Unión Franco-Británica” del 16 de junio de 1940, citada por Pérez Sánchez, G. A. “El ideal europeísta: de la modernidad a la contemporaneidad”, en Martín de la Guardia, R.M. y Pérez Sánchez, G.A. - Coords.- *Historia de la integración europea*. Ariel, Barcelona, 2001, pág. 46.

Pero este proceso institucional había sido protagonizado por los Estados miembros, y no por la participación ciudadana directa. Sin una constitución, con un parlamento cuyos poderes no son comparables a los de los Estados-nación, limitada la participación directa de la ciudadanía en los asuntos europeos, se viene hablando de un *déficit democrático* que, a mi modo de ver, no debe significar más que una situación pragmática provisional hasta que puedan darse las condiciones para que esa participación sea eficaz.

Estos déficits se seguirán produciendo, seguramente, en todo el proceso de la Unión, y bueno será detectarlos y denunciarlos, para comenzar a superarlos. Estaríamos ya en el terreno de lo que se viene denominando Historia del Tiempo Presente, cuyo método de estudio es una especie de interfaz que permite hacer comprensibles los fenómenos relevantes del mundo actual, y que tal vez lo serán en el futuro inmediato⁶.

Hoy, la Unión Europea se enfrenta a un nuevo déficit, tan importante como los que ha tenido que superar hasta ahora. Se trata del *déficit emocional*. Para superarlo, Europa deberá afrontar su propia construcción con inteligencia emocional, y así evitar estancamientos del proceso, rechazos y malos entendidos entre sus ciudadanos.

¿Qué implica esto? Los objetivos de una inteligencia emocional europea serían reconocer las propias emociones de los europeos hacia Europa, que sus políticos tuvieran reuniones emocionalmente inteligentes, el reconocimiento de los propios valores nacionales y de los del resto de europeos, comprensión que debe conducir a una mejora del clima de los contactos entre las naciones y regiones europeas, y la resolución de los conflictos y las dificultades de una manera creativa.

De esa inteligencia, de ese entendimiento, podrán salir las energías necesarias para sortear importantes escollos actuales como los siguientes:

- Desunión y falta de acuerdo con respecto a la política exterior y de defensa
- Alianza militar y diplomática con los Estados Unidos, a veces en contra de los intereses comunes europeos.
- Escasez de recursos naturales y energéticos que provocan una dependencia de otros continentes.
- Dependencia en la investigación en general (así como en lo que respecta a nuevos recursos energéticos).
- Unión fundada en un simple mercado único: los comerciantes (casi siempre sólo vendedores de productos exteriores) imponen casi siempre sus intereses.
- Muchos países emergentes y de la competencia son mayores o tienen una mayor cohesión política (particularmente expresivo en el llamado grupo BRIC: Brasil, Rusia, India y China).
- Política ante el mundo árabe incoherente y contradictoria (Mantenimiento de dictaduras corruptas que inciden en el aumento del fundamentalismo).
- Fomento desde instancias políticas de orgullos nacionales tradicionales que pueden dificultar el avance hacia la unión política.

⁶ Rodríguez de las Heras, A., "Principios de Historia del Tiempo Presente" en Díaz Barrado, M. P. - Coord.- *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*. I.C.E. Universidad del Extremadura. Salamanca, 1998, págs. 27-28.

Algunos de estos problemas son muy concretos, y podrán resolverse en las mesas de negociación mediante las correspondientes cesiones de soberanía por parte de los Estados miembros, asignación de nuevas partidas económicas o el lanzamiento de determinadas políticas arancelarias. Pero estos acuerdos no se llevarán a efecto si no existe un ambiente de concordia y de confianza que tiene más que ver con las emociones compartidas que con los cálculos económicos a corto plazo.

La gestión de las emociones

Cuando se aprecia la magnitud de estos problemas, muchos de ellos fundados en la desconfianza mutua entre los Estados europeos, solo parecen vislumbrarse soluciones a largo plazo, mediante la política educativa. Como siempre, la escuela es el lugar donde acuden los que no pueden cambiar las cosas de otra manera.

Es cierto que también la educación tiene que cambiar y caminar hacia la Unión, aunque se han dado pasos importantes en este sentido (conversaciones y consensos sobre manuales y currículos oficiales entre los países europeos, encuentros europeos de profesores, acuerdos sobre homologación universitaria, etc.). En los manuales escolares ya se recoge la concepción de Europa no sólo como una unidad geográfica compleja, sino como una suma de elementos, aportados por cada Estado-nación, y recientemente como una conjunción de procesos políticos⁷.

Pero el consenso en sí mismo debe renovarse en cada generación, en vez de ser vivido como una imposición. Por eso debe seguir enseñándose Europa (mejor: enseñar *más* Europa). Su historia debe abordarse como un contenido problemático y huir de las simplificaciones, de manera que además del Imperio Carolingio, el Románico o el Renacimiento se enseñe la Historia de los eslavos, los húngaros, los vikingos, el Islam, los turcos, las herejías medievales, y tantos otros temas que parecen alejarse de los contenidos presuntamente axiales en la Historia europea. Sólo así podríamos conocernos unos a otros, en nuestra variedad, y al mismo tiempo avanzar hacia la conversión de *los otros* en *nosotros*.

Además, convendría que la Historia se rescribiera cada década, para descargarla de prejuicios y muletillas obsoletas, inventar nuevos héroes más acordes con nuestro tiempo, revalorizar elementos olvidados que hoy se presentan como decisivos para la futura construcción europea.

Los diferentes puntos de vista, las diferentes sensibilidades hacia la historia común deben discutirse, huyendo de una única y dogmática respuesta para los grandes dilemas de la Historia europea, buscando reavivar viejas emociones a la luz de nuestro nuevo presente y futuro. No se debe tener miedo a esos sentimientos del pasado, sino a la apatía, enfermedad de la que mueren naciones y proyectos.

La actuación tendría que ser urgente, tendría que realizarse en menos de una generación, y no limitarse a la debilitada acción del ámbito escolar. Habría que enseñar y presentar en los medios de comunicación que lo europeo es algo vivo, que debe discutirse (como

⁷ Pingel, F. "Concepción y práctica de la enseñanza en los países europeos" en Valls Montes, R. y López Serrano, A. -Eds.- *Dimensión europea e intercultural en la enseñanza de las ciencias sociales*. Síntesis. Madrid, 2002, págs. 82-85.

por cierto se hace en Inglaterra más que en ningún otro país de la Unión). Recordar constantemente en los *mass media*, sobre todo en la televisión (que se nutre de emociones más que la prensa escrita), la importancia de la toma de postura en torno a los temas candentes de Europa, igual que se recuerda indirectamente en los medios de comunicación españoles que España es una monarquía, que hay un gobierno y una oposición, un parlamento, etc.

El consenso que viene de Europa, muchas veces se esgrime para evitar críticas o polémicas. La disidencia se ve como un peligro para el proceso europeo. Ciertamente, el primer impulso hacia un Estado europeo unido surgió, como todos los Estados, de la idea hobbesiana de evitar la guerra civil en su interior⁸. Pero la idea de unión debe ir más allá, y no puede mantenerse con la fragilidad de los Estados actuales que la componen. Debe apostar por la paz sin tener miedo a las críticas y a la exposición de posturas contrapuestas, debatidas franca y pacíficamente, y ofrecer un nuevo modelo al resto de naciones europeas, en primer lugar, y después influir activamente con su programa en el resto del mundo.

Desde luego, no se puede pretender que esto se realice solamente con disposiciones burocráticas o nada más que con las euronoticias televisivas a las 5 de la mañana. Apenas si se habla en el parlamento de España de temas que atañen al conjunto de la Unión o a los intereses de cada país con relación al conjunto (¿tal vez demasiada unanimidad...? ¿exceso de cautela?) Uno piensa si no sería mejor que se hablase mal de Europa, y creo que puede ser más rentable cuestionar el proceso de unificación, si así se consigue la implicación de la ciudadanía y la opinión pública.

La futura unión emocional europea no se hará encontrando un país enemigo común: de la secular confrontación exterior se ha pasado a la infiltración mutua entre países, disolviéndose entonces como enemigos. La inmigración en Europa ha pasado a ser un elemento fundamental del crecimiento demográfico y económico europeo⁹.

Fenómenos como la inmigración y la interculturalidad, la interrelación comercial y de capitales, el turismo o el terrorismo, no conocen fronteras. No tiene sentido, como sucede en los medios de comunicación de vez en cuando, hablar de países peligrosos o no peligrosos. A veces parecen simples estrategias para ahorrar divisas evitando el turismo exterior. Todo está interconectado desde hace tiempo. Ahora sólo necesitamos reconocerlo, sentirlo y vivir de acuerdo a esa realidad. La diversidad es materia prima fundamental de la construcción europea, lo que distancia este nuevo intento de las pretensiones imperiales del pasado. Frente a la dialéctica de la confrontación de pueblos, hoy asumimos nuevos paradigmas teóricos (las teorías de la complejidad), que permiten sumar y convivir elementos diferentes y hasta antagónicos que se enriquecen y fortalecen mutuamente sin poner en peligro el conjunto.

El método Monnet consistió en caminar implícitamente hacia la Unión. Pero ya desde Maastricht se pasó a lo explícito (y explícito sería diseñar una política emocional común), como se hace en cualquier nación sin que apenas se levanten voces en contra. El tránsito desde la omnipresencia de lo económico a la integración política y a la

⁸ Cacciari, M. *Geo-filosofía de Europa*. Aldebarán. Madrid, 2000, pág. 128.

⁹ Gay Armenteros, J. C. "El proceso de integración europea: de la 'pequeña Europa' a la Europa de los quince", en Martín de la Guardia, R.M. y Pérez Sánchez, G.A. -Coords.-, *Historia de la integración europea*. Barcelona, Ariel, 2001, págs. 123-166.

ciudadanía europea afloró después de Maastricht. Se querían dar pasos pero entonces la masa crítica económica se alejó. Había que ser más grandes antes de decidir ser más fuertes y cohesionados¹⁰.

Después de 1989, con la caída del muro de Berlín, Europa, que había nacido al abrigo de la Guerra Fría, empezó a ser algo más autónoma del proyecto hegemónico estadounidense. Nunca se permitió la unión federal de Europa, ni antes ni después del fin del bloque soviético, pero antes, la Comunidad Europea mantenía una mayor dependencia del bloque occidental. Al desintegrarse ese mundo bipolar, el impulso hacia la Europa unida tendría que ser propio y autónomo, más que nunca.

El proceso lento es el adecuado en épocas de paz. La paz dará la razón a Europa, a la larga, pero las guerras y el ambiente bélico mundial pueden desbaratar la cohesión europea, desequilibrar una alianza conveniente para todos. La segunda mitad del siglo XX ha sido en general de prosperidad para Europa, si exceptuamos la crisis del petróleo, que empobreció momentáneamente al continente y retrasó su marcha hacia la unidad. Nuevas ediciones de esta misma crisis, bajo la forma de guerras en el Golfo Pérsico, han hecho tambalear la política común y la progresiva integración intereuropea.

El ambiente bélico mundial podrá dislocar el proceso o ralentizarlo. Las últimas guerras han coincidido con crisis internas en la Unión Europea (incapacidad para evitar o gestionar el conflicto yugoslavo, Guerras del Golfo, matanzas en los grandes lagos africanos, situación en Palestina y Líbano...)

Quien no hace la historia la padece. Hay que acelerar el proceso si no se quiere que se nos vaya de las manos. Y especialmente es urgente para resolver los problemas de la política exterior en aquellas regiones donde Europa tiene innegables intereses.

De la misma manera que la entrada en Europa unió a la sociedad española, así los vientos europeos son favorables por lo general a la cohesión interna de cada uno de los países que componen la Unión. El precio de la “no Europa” sería elevadísimo ¿Entonces por qué no impulsar el proceso más aprisa?

En el momento del proceso actual, la apertura a la ciudadanía de la discusión sobre Europa pasa por no evitar ataques a lo que se está haciendo en Bruselas o Estrasburgo. El miedo a la fragilidad nos hace frágiles; la fragilidad principal es el miedo, que se traduce en silencio y en falta de democracia y de participación. El mejor método de impulsar Europa es hacerla popular, convertirla en una lucha de todos los días.

No faltan contenidos problemáticos que permitirían a muchos ciudadanos hacer un balance negativo del proceso de unión europea: Deslocalización de empresas, voces “eurofuriosas” entre los sindicatos europeos ante dicho fenómeno y ante las pretensiones “flexibilizadoras” de los patronos, antiglobalizadores, nacionalismos recelosos de una Europa de los Estados-nación, recelos también entre las naciones pequeñas frente al eje franco-alemán... Y por supuesto las ideas (o la ausencia de ellas) barajadas por los euroescépticos y los euroapáticos.

¹⁰ Morán, F. *Carta a un joven sobre la Europa que viene*. Península. Barcelona, 1996, págs. 94 y 143.

Las debilidades de Europa y sus remedios

Naturalmente, estos problemas son evidentes y se estudian cada día en Bruselas o Estrasburgo, pero tal vez sean tratados con un déficit emocional, déficit que hay que identificar, para después poder concretar y priorizar las medidas que deben tomarse.

1- A propósito de los nacionalismos:

Europa es la única respuesta frente a la fragmentación micronacionalista. Este pensamiento debe inspirar la política, la economía, la acción comunicativa y la educación, así como la coordinación entre todas estas facetas de la vida europea. Todo ello no debe excluir la reflexión sobre nuestras propias identidades colectivas, al nivel que se desee. Falta un discurso culto sobre los intereses regionales, nacionales y el interés común europeo, así como una explicitación de los sentimientos locales y europeos (y tal vez ya haya llegado el momento, pues los malentendidos provienen de la falta de comunicación).

Los nacionalismos explotaron en el siglo XIX, precisamente cuando la revolución de los transportes, el incipiente turismo aristocrático, las ideas liberales y el romanticismo comenzaron a unir Europa ¿Una paradoja? Más bien una constante en la historia de las mentalidades. El contacto con el otro nos hace tener conciencia de nuestra identidad, pero esta percepción a veces es errónea: nos parecemos más de lo que creemos al otro y por eso reaccionamos, para diferenciarnos. Esto sucedió mientras los europeos se enfrentaron entre ellos por el dominio del mundo. Hoy por hoy, la identidad común europea se pone de manifiesto cuando dos europeos nos encontramos en Nairobi o Beijing, por ejemplo o, matizando algo más, cuando dos europeos se encuentran en los Estados Unidos.

Una dimensión europea mayor en la política española, británica, italiana,... podría dar una respuesta a los nacionalismos periféricos que parecen cuestionar la estructura interna de estos Estados. No tiene sentido luchar contra los nacionalismos: esto los alimenta, por la propia lógica de la identidad atacada. Pero sí tiene sentido incorporar un nacionalismo europeo, que no excluya a estos nacionalismos. Un nacionalismo, es decir, el reconocimiento de pertenencia a una comunidad ya existente. Como decía Ortega y Gasset en 1930:

“Si hoy hiciésemos balance de nuestro contenido mental -opiniones, normas, deseos, presunciones-, notaríamos que la mayor parte de todo eso no viene al francés de su Francia, ni al español de su España, sino del fondo común europeo. Hoy, en efecto, pesa mucho más en cada uno de nosotros lo que tiene de europeo que su porción diferencial de francés, español, etc. Si se hiciera el experimento imaginario de reducirse a vivir puramente con lo que somos, como «nacionales», y en obra de mera fantasía se extirpase al hombre medio francés todo lo que usa, piensa, siente, por recepción de los otros países continentales, sentiría terror. Vería que no le era posible vivir de ello sólo”

Y continuaba:

“Los europeos no saben vivir si no van lanzados en una gran empresa unitiva. Cuando ésta falta, se envilecen, se aflojan, se les descoyunta el alma. Un comienzo de esto se ofrece hoy a nuestros ojos. Los círculos que hasta ahora se han llamado naciones llegaron hace un siglo, o poco menos, a su máxima

expansión. Ya no puede hacerse nada con ellos si no es trascenderlos. Ya no son sino pasado que se acumula en torno y bajo del europeo, aprisionándolo, lastrándolo”¹¹.

No se trata simplemente de fomentar un nacionalismo para reducir otros, sino seguir la lógica de las emociones en vez de tratar de eliminarlas. Gastar los sentimientos pequeños, incluyéndolos en uno mayor, por un lado, y desenmascarar los intereses que los amparan. Habría que desmontar muchos pequeños negocios nacionales (escondidos detrás de proclamas nacionalistas de uno u otro lado), para lograr el bien común europeo. Habría que obrar en política y en política económica para que Europa interese a todos, para que no sea rentable cerrarse (lo que está sucediendo en determinadas zonas nacionalistas). Habría que organizar la economía para que interese tanto a la sociedad civil como a las grandes empresas.

Me aferro a la vieja utopía de que llegará un momento en que no existan las nacionalidades en el mundo y se olviden los nacionalismos en lo que tienen de tontería sangrienta, de cuasireligión de la modernidad, pero de momento es necesario lidiar con ellos, como parte de ese bagaje emocional heredado del pasado. Una nacionalidad mundial sería el antídoto contra los nacionalismos: el ideal de una Europa unida, en el que tantos quieren incluirse, supondría dar pasos hacia ese ideal.

2- Las diferencias en el seno de la Unión

La suma de elementos distintos es una de las claves del enriquecimiento de Europa, pues las aportaciones de cada uno producen sinergias al conjunto. Incluso los países que no están actualmente en la Unión Europea, como Suiza y Noruega, son modelos benefactores cercanos, y la lógica del proceso es que incrementen su nivel de interrelaciones con el resto en el futuro. Suiza es, además, una metáfora de lo que quiere ser Europa: un alemán, un francés y un italiano que deciden compartir un solo país sin renunciar a su propia identidad.

Otra cosa muy distinta son las diferencias fundamentales de opinión en el seno de Europa. A Inglaterra se le ha achacado el retraso de algunas negociaciones, el disimulado boicot al proceso, una alianza con los Estados Unidos prioritaria que amenaza con romper la unidad de acción en Europa. Es verdad que la integración del Reino Unido es más lenta en relación con las distintas políticas de la Unión. La resistencia en el parlamento británico a algunos de los elementos de la UE permite ver la diferencia de sistemas entre uno y otro lado del Canal de la Mancha. Y sin embargo, aunque lentos, estos pasos no han tenido marcha atrás, y cada vez es mayor la integración con el resto del continente, aunque solo sea por la propia lógica del mercado.

El Vaticano también debe considerarse un elemento interior, pues la Iglesia católica tiene una gran presencia e influencia en países como Italia, España o Polonia, entre otros. Sería fundamental definir las reglas del juego, crear un concordato común de Europa con la Santa Sede, y definir un código deontológico sobre el respeto mutuo y la apelación a las emociones religiosas y a la moral en los países europeos por parte de la

¹¹ Ortega y Gasset, J. *La rebelión de las masas* [1929]. Espasa-Calpe. Madrid, 1980, págs. 197 a 198 y pág. 199.

Iglesia hacia los ciudadanos de la Unión. Se evitarían ataques mutuos y radicalización de posturas enfrentadas que a nadie interesan.

En la misma línea de la propuesta anterior, pues de un asunto religioso-político se trata, debería definirse la acción y la consideración de la UE hacia el Islam y viceversa, con presencia de todos los grupos implicados, tanto los musulmanes turcos de Alemania, los pakistaníes británicos o los magrebíes y subsaharianos de Francia, Bélgica, España e Italia, así como los conversos al Islam en todos estos países. Este entendimiento cerraría las puertas a viejos odios que a todos pueden dañar (y geoestratégicamente sería muy beneficioso). Esto tal vez significaría abrir heridas de nuevo en el proceso de negociación, pero sería la condición de comenzar a curarlas, de manera que a todos interese vivir de pleno derecho en Europa.

El eurobarómetro debería recoger todos estos aspectos. En la actualidad son los mismos que miden la presión los que se encargan de regularla. Para los asuntos nacionales candentes no existe un “barómetro”, pues es la opinión pública la que se encarga de expresar las presiones y sentimientos de un lado u otro. Evitar o regular la opinión hacia Europa es una muestra de la debilidad de la opinión al respecto. Es un aspecto que deberíamos superar, y esto se hará incluyendo los temas que nos preocupan dentro del contexto europeo. El eurobarómetro, de seguir existiendo en el futuro, tendría que ser la simple expresión de la opinión en general, sobre diversos asuntos, no sobre un solo tema tan abstracto como es Europa.

3- El déficit de Europa en los medios de comunicación

Los medios de comunicación de masas tienen un papel esencial en la formación de las modernas nacionalidades e identidades colectivas. Lo peor que puede pasarle a cualquiera de ellas es ser ignorada por estos medios. La presencia de Europa en la prensa, la radio, la televisión e *internet* es inferior a su importancia real (un nuevo déficit). Mejor sería que se hablara mal de Europa, que hubiera ataques y respuestas. Generaría polémica, atención, contraataques, defensas y... participación (al igual que sucede en las elecciones estatales o locales: cuanto más intensa es la lucha, mejores resultados de participación se producen).

Con la masificación de los mensajes, la imagen de Europa tal vez quedaría trivializada, y los debates podrían ser menos profundos de lo que se espera con respecto a la formación de una Europa unida. Pero lo trivial no impide el desarrollo de lo concienzudo, sino que lo fomenta, aunque seguramente no se difunda en la televisión, sino en revistas especializadas u otros foros. Un amplio y relevante fenómeno sociológico tendrá sus estudiosos, por muy superficial que parezca. Debe llegarse a una situación en que los ataques sean tan frecuentes que se pueda defender que se hable bien de Europa y de su proceso de unión.

A través de los *mass media* pueden introducirse otros elementos casi siempre ausentes en el discurso europeo, como emociones o elementos irracionales, que propenden a la formación de un país tanto o más que los sesudos debates. El fútbol a todas horas, en rivalidades intraeuropeas constantes, podría funcionar bien sabiendo la afición a este deporte en todo el continente, como se ha hecho en las televisiones autonómicas inspiradas en proyecto nacional. Pero también podría aplicarse a otros deportes, con

ligas europeas semanales, con amplia cobertura informativa de los éxitos de atletas europeos, con equipos que pierdan su carácter nacional o regional actual, etc. Y lo mismo con respecto a la televisión *basura* o a la crónica de sucesos constante en que se han convertido algunas cadenas. No hay que temer inocular pasión en nuestra relación con Europa hasta que la situación pida a gritos imponer la razón, una nueva razón del nuevo Estado europeo.

Además debería fomentarse un aumento de los debates sobre Europa en los parlamentos nacionales (no importa el aspecto que se trate, pues deben ser todos), con cobertura mediática suficiente. Es decir, convertir la política europea en espectáculo, como ya sucede con la política nacional en la mayoría de los países miembros.

En televisión gusta lo conflictivo... mientras que el consenso aburre como espectáculo. Es necesario que los conflictos y diferencias de opiniones, que existen, afloren en vez de seguir teniendo miedo a los conflictos político-mediáticos sobre Europa. No se trata de mantener el conflicto permanentemente. Son necesarios los vaivenes en las emociones colectivas, lo mismo que sucede con el fútbol o la bolsa, por citar dos actividades sujetas enormemente a la psicología de masas.

Pudieran parecer estas palabras una defensa de la manipulación mediática. No es mi intención. En todo caso, las emociones no deben quedarse al margen del discurso político europeo. Si la política europea se normaliza, no veo por qué tiene que tener una consideración diferente que las cuestiones políticas más locales. El plan no es ingenuo: no se trata de elogiar a la unión, sino convertirla en objeto de controversia: no solo *panen*, sino también algo de *circenses*, necesita la construcción de Europa. En todo caso es más lícita una campaña televisiva que una guerra, esas que nos asustan cada cierto tiempo, y que llevan asociadas sus propias campañas, por cierto. Un bombardeo mediático siempre es mejor que cualquier otro tipo de bombardeo.

No obstante, el futuro emocional de Europa pasa por que todos los cambios deben ser sentidos desde la libertad, al igual que uno cambia de cadena de televisión si no le interesa lo que está viendo. Debería haber varias cadenas televisivas de dimensión europea, que compitieran para ganarse la audiencia. La televisión tiene la capacidad de conectar al espectador con el todo social, como Furio Colombo dijo hace ya más de 30 años¹², y podría seguir siendo eficaz para incluir a los europeos en un nuevo universo de emociones compartidas.

De los momentos de euforia por el progreso común europeo debe obtenerse energía que permita afrontar mejor los momentos negativos. Se tacha cualquier optimismo de ingenuo, pero tal vez esa ingenuidad es la esencia de la vida, más que recrearse con los cantos de los siempre dispuestos profetas del Apocalipsis.

4- El orgullo de ser ciudadano europeo

Una nueva sociedad civil hay que fabricarla, con todos los medios habituales, ya ensayados históricamente. Lo más importante sería encontrar nuevos ideales que uniesen, y que de hecho ya unen a los europeos. En los tiempos actuales parece haber

¹² Colombo, F. *Televisión: la realidad como espectáculo*. Gustavo Gili. Barcelona, 1976.

quedado descalificado lo ideológico por los errores y la caída del comunismo. Y por ende todas las utopías. La visión que Europa tiene de sí misma se parece a veces a la de un conjunto de mercaderes realistas y avaros.

Pero en realidad la sociedad europea es más utopista de lo que creemos cuando analizamos las cuentas de la Unión o las subvenciones. Los altos niveles de voluntariado en Europa, las adopciones de niños del tercer mundo, los cooperantes y las ONG, la beneficencia (por vías no estatales), las ayudas estatales a proyectos de desarrollo... nos hablan de unos europeos a la cabeza en cuanto a la solidaridad mundial. Casi son los únicos ciudadanos del mundo que estarían dispuestos a que aumentasen sus impuestos (ya de por sí altos) si se extendiese la cobertura social.

Pese a su gran cultura compartida, el europeo no aprecia en su justa medida su enorme valor, sufre de baja autoestima colectiva. Necesita resucitar el orgullo, no el de otros tiempos, que derivaba en sentimiento de superioridad y en guerras, sino el de pertenecer a una comunidad con unos valores comunes dignos de aprecio. Fomentar sólo el bienestar y la comodidad de los europeos no es el único camino para Europa: más bien puede conducir a la larga a su debilidad, porque los europeos no estarán dispuestos a ninguna renuncia por la unidad. Y sin embargo, renunciarán a lo que se les pida, y estarán dispuestos a hacer sacrificios económicos, si la idea que se les propone toca sus corazones.

Claro que muchos perderán sus actuales puestos, nacidos de la duplicación de administraciones y algunos políticos no se harán el *harakiri*, sino que defenderán sus feudos y satrapías con uñas y dientes. Por eso, la sociedad civil tiene que presionar, tiene que denunciar los viejos intereses, alejados del bien común. En Europa ya se ha reconocido el derecho de los ciudadanos a una buena administración. Los cambios eficaces tendrían que venir desde abajo, y ojalá no sea necesaria ninguna movilización, más que la de las urnas y la de *internet* y sus foros, para que la paz y los acuerdos políticos sean la herramienta de avance de la futura sociedad. La mayor comunicación, negociación y contacto entre los agentes sociales evitará errores como la insinuación de que la culpa de la deslocalización industrial en España la tenían los trabajadores eslovacos, según se aclaró en un reciente encuentro de los sindicatos europeos.

En la escuela, la dimensión europea se ha ido diluyendo sin darnos cuenta frente a otros valores más apremiantes. Se ha perdido la oportunidad de llamar a la nueva asignatura “Educación para la ciudadanía *europea*”, pero aún estamos a tiempo de que Europa sea en ella un contenido fundamental: al fin y al cabo la ciudadanía europea puede concebirse como un elemento que se añada a los derechos y deberes nacionales, sin menoscabo de ninguno¹³.

Nuestra gran baza es la rica cultura europea: Europa tiene en su haber la conciencia de sus errores pasados y la evidencia de sus posibilidades futuras. La ampliación a 34 miembros o más es cuestión de tiempo, casi inevitable, podríamos decir. Hubiera parecido más utópico decir en 1957 que la Comunidad recién fundada llegaría a tener 27 miembros. Por eso, hemos de hablar de una cultura europea amplia, que los abarque a todos, sin complejos expansivos, pero que acoja a todo país que lo desee, cumpliendo

¹³ Bru Purón, C. M. *La ciudadanía europea*. Sistema. Madrid, 1994.

determinados requisitos, que no sea excluyente con nadie, y que se defina por su futuro más que por su pasado.

Europa debe estar también orgullosa de sus símbolos. La bandera norteamericana, seguramente, es la más contemplada en Europa, pues aparece sistemáticamente en la mayoría de los largometrajes que vemos y en el *merchandising* que consumimos, y deberíamos seguir el ejemplo estadounidense para convertir la bandera europea, este elemento simbólico, en un factor de integración.

Europa tiene que enfrentarse a otras muchas debilidades, pero algunas son consecuencia de las anteriores, como la falta de una política común en la definición de la geoestrategia mundial o en los grandes pactos con otras potencias. Con una adecuada base en la sociedad civil cohesionada, la Unión Europea sería capaz de encabezar movimientos mundiales como la lucha por la mejora del medio ambiente mundial, el respeto a los derechos humanos y las libertades individuales, la generalización de las prestaciones sociales,... Europa se convertiría así en defensora de estas ideas-proyecto, y de ahí obtendrán los europeos el sentido para sus esfuerzos y su futura identidad colectiva.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Bell, D. "El mundo en 2013". Revista *Facetas*, nº 81, Washington, 1988.

Bru Purón, C. M. *La ciudadanía europea*. Sistema. Madrid, 1994.

Cacciari, M. *Geo-filosofía de Europa*. Aldebarán. Madrid, 2000.

Castells, M. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Vol. 2: *El poder de la identidad*. Alianza. Madrid, 1997.

Colombo, F. *Televisión: la realidad como espectáculo*. Gustavo Gili. Barcelona, 1976.

Díaz Barrado, M. P. -Coord.- *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*. I.C.E. Universidad del Extremadura. Salamanca, 1998.

Martín de la Guardi, R.M. y Pérez Sánchez, G.A. -Coords.- *Historia de la integración europea*. Ariel. Barcelona, 2001.

Morán, F. *Carta a un joven sobre la Europa que viene*. Península. Barcelona, 1996.

Ortega y Gasset, J. *La rebelión de las masas* [1929]. Espasa-Calpe. Madrid, 1980.

Sánchez Ferlosio, R. *La hija de la guerra y la madre de la patria*. Destino. Barcelona, 2002.

Valls Montes, R. y López Serrano, A. -Eds.- *Dimensión europea e intercultural en la enseñanza de las ciencias sociales*. Síntesis. Madrid, 2002.